

VIRGO



POR KILLARI AI

Relato original de Killari Ai

Lima, Perú - Marzo 2012

Mis sitios web:

<http://killari.bubok.es/>

Contacto:

killa-ri@hotmail.com

Facebook:

<http://www.facebook.com/KillariAi>

Diseño de portada: Killari Ai

La distribución de este libro, impresión, reproducción y alojamiento en hosts diferentes del host de origen están permitidos mientras se conserve el nombre del autor original y este no sea cambiado bajo ninguna excusa, por favor seamos conscientes que este material es gratis pero es producto de nuestro esfuerzo y por ello vale demasiado para nosotros. Así mismo la descarga de estos relatos es gratis como se mencionó arriba, pero está terminantemente prohibido utilizar este escrito con fines comerciales sin el permiso y acuerdo previo con la autora.



Virgo

Por Killari Ai

Virgo

Se encontraba ahí a pesar de todo, en aquella antigua casa que parecía deshabitada, ya que sus ventanas rotas y cubiertas solo por trapos sucios y malolientes eran lo único que impedía que las personas que pasaban por aquella acera, pudiesen contemplar el interior de la vieja casona. Y cómo a nadie le apetecía aventurarse a entrar en aquel extraño lugar, en donde corría el rumor que espíritus malignos, demonios o seres salidos del mismo infierno vagaban por sus corredores y habitaciones, la casa permanecía así, como si fuese invisible, y mientras nada alterase la paz de los habitantes de aquella calle limeña, a nadie le importaba que esta se cayera a pedazos.

No obstante, a pesar de lo que creían las personas, la casa sí albergaba una vida, una sola, que encontraba refugio noche tras noche, entrando y saliendo sigilosamente como un gato.

Ninguno había visto aquella extraña sombra que desaparecía en la oscuridad, nadie sospechaba de aquel hombre de veinticinco años cuya piel parecía estar hecha de cera y sus cabellos negros le llegaban por debajo de los hombros. A la luz del día cualquiera que lo viese, a pesar de sus fachas y las ropas viejas que usaba, solo pensaría que se trataba de alguien excéntrico.

Aquel rostro que poseía y esos ojos tan azules como el mismo cielo, hacían que nadie pudiera culparlo de alguno de esos crímenes y secuestros que eran el pan de cada día en los periódicos baratos de Lima. Los cuales mostraban las fotografías de jóvenes de diversas edades, fotos de cómo eran antes y después

de ser encontrados muertos; asesinados por un hombre al cual la policía no podía identificar. Sin embargo, frente a esos periódicos se encontraba el culpable y nadie podía señalarlo, ya que su rostro angelical era su mejor disfraz.

Todas las víctimas eran siempre hombres entre quince y treinta años. El asesino parecía no tener preferencia ni por el aspecto, ni por la condición social. Solo se sabía que mataba dejando de dos a tres semanas de tiempo, mientras buscaba cuidadosamente a su próxima víctima basándose en cosas que solo él mismo sabía y en el horóscopo occidental; ya que en cada cuerpo abandonado que se encontraba, siempre había una carta con la imagen de un signo del zodiaco que pertenecía al desafortunado, por lo que no era una casualidad. El asesino tenía una lista y parecía que no se detendría hasta completarla.

Él no solía guardar recuerdos, prendas, fotografías o artículos de los diarios. Una vez que cometía el crimen, era como si aquella persona jamás hubiese existido, la olvidaba rápidamente y entraba en una etapa de calma, en donde vivía una vida normal, trabajando en un taller de mecánica, reparando autos y regresando a esa casa vieja a altas horas de la noche para que nadie supiera dónde vivía.

Si bien la casona tenía un estado deplorable por fuera, por dentro, sus paredes habían sido reforzadas, las habitaciones redecoradas y una, en especial. La habitación del zodiaco como él la llamaba, el lugar en donde entraba y obligadamente debía de salir con una víctima en la cabeza. Se dedicaba también a tomar fotografías que vendía a bajo costo, por ello solía llevar una cámara digital con la cual tomaba fotos mientras caminaba de regreso a casa. Si algún joven le agradaba lo empezaba a investigar, muchos de ellos se habían

convertido en sus amigos, dándoles valiosa información acerca de ellos mismos. Otras buscando por Internet y contactándose por medio de redes sociales. Hacía todo de tal manera que nadie sospechase y cuando llegaba el día esperado, los secuestraba, llevándolos lejos de Lima en un auto que alquilaba especialmente para la ocasión, y los asesinaba sin mayor ceremonia, sin violación, sin tocamientos, sin nada. Parecía que solo se encontraba satisfecho con quitarle la vida a un inocente, marcar en su lista del zodiaco uno menos y lanzar como firma aquella carta con la imagen que le correspondía a cada uno.

Realmente no podía recordar rostros ni nombres, pero el último sí que le había ocasionado problemas. Había sido un Leo, ya se encontraba en aquel signo y contando con él eran cinco asesinatos los que había cometido. Aquel joven de diecinueve años por poco y se le escapa, había poseído una fuerza con la que no contaba y al forcejear había logrado liberarse y escaparse del auto en el que se hallaba prisionero. Sin embargo, el asesino era más rápido, tenía más experiencia, el paraje desolado era su medio, su lugar perfecto, y en pocos minutos logró alcanzarlo, tumbándolo contra el suelo bruscamente, sujetándolo del cuello y apuñalándolo en la espalda muchas veces.

Luego de ello, lo dejó abandonado en aquel lugar, regresando tranquilamente como si se tratase de un simple paseo nocturno y condujo hasta la cochera para devolver el auto. Cometido el crimen, permaneció calmado, demasiado tal vez. Después de tres semanas y de darse cuenta cómo las noticias del asesinato de *Leo* iban disminuyendo, supo que era hora de seguir con su lista.

- Virgo es el siguiente... - dijo en voz baja al recordar las imágenes del zodiaco que tenía pegadas en la pared de su habitación. Sin embargo, no tenía a nadie en mente, ni siquiera había indagado en las redes sociales ni contactado a

ninguna persona que fuese de ese signo. Generalmente ya tenía las víctimas con anticipación, pero en esta ocasión no sabía por qué había retrasado tanto sus planes.

Aquella tarde pidió permiso para salir temprano de su trabajo y empezó a vagar por las calles de la ciudad sin rumbo alguno, aún faltaban varias horas para el anochecer y debía encontrar a alguien que le llamase la atención para entonces. Caso contrario regresaría a casa sintiéndose frustrado por no haber conseguido nada.

Estuvo caminando dos horas sin dirección alguna. El hambre lo había sorprendido en medio trayecto y decidió entrar a un restaurante por un café y quizás una empanada. Y ahí permaneció una hora más, contemplando por la ventana a las personas que iban y venían, aquella masa humana entre la cual ningún rostro resaltaba. Por ello, al terminar de comer, se levantó, pagó la cuenta y salió sintiendo el viento fresco en la cara. Eran las seis de la tarde y todo parecía indicar que no encontraría a nadie interesante aquel día.

El hombre continuó su camino, pero al avanzar algunas calles más, escuchó voces provenientes de un sucio y solitario callejón. Empezaba a oscurecer y a pesar de aquellas extrañas voces nadie parecía estar interesado en asomarse siquiera para ver qué sucedía. El hombre, dejándose llevar por un impulso, aceleró el paso y se encaminó hacia el lugar. Cuando llegó, vio a dos hombres mayores sujetando a un jovencito de cabellos castaños y ojos verdes. Era casi un niño. Estaba tan asustado que no podía gritar para pedir ayuda, ni siquiera moverse, ya que el temblor se había apoderado de todo su cuerpo, solo podía ver lo aterrado que se encontraba y las gruesas lágrimas que asomaban por sus mejillas.

A una persona como él, ni el llanto ni las suplicas podían conmoerlo. Lo había visto tantas veces e igual sus víctimas habían terminado apuñaladas, con tiros en la espalda o con algún otro método que se le ocurriese. Por ello, pensó en retroceder y retomar su camino, ya que de todos modos no era su problema. Solo se trataba de un jovencuelo de las calles, un ladrón y huérfano de seguro, estaba sucio y a pesar de tener aquella llamativa apariencia no era más que un vagabundo. Sin embargo, antes de moverse se dio cuenta que el jovencito lo miraba fijamente. Sus ojos azules contemplaron aquellos verdes que silenciosamente pedían ayuda, si tan solo supiera a quién se dirigía, de seguro preferiría mil veces morir en manos de aquellos hombres. Pero el chico no rompió el contacto visual en ningún momento, lo mantuvo a pesar de que uno de los hombres empezaba a tocarlo y a aflojar su cinturón de malas maneras.

Estaba perdido, lo iban a violar ahí mismo al no tener dinero suficiente para arrebatarle. El otro hombre sacó una cuerda y le ató las manos para que no pudiese forcejear, aunque esto era innecesario ya que el chico estaba a punto de desmayarse del pánico. Al final terminó siendo empujado contra el suelo mientras sentía la presión del cuerpo de su atacante sobre el suyo, rompiéndole la camisa y empezando a lamerle desde el cuello hasta el pecho.

Él otro hombre solo reía, sin tener la menor piedad por el chico.

Era la primera vez que el asesino era testigo de un crimen que no fuese cometido por él. Era extraño, como si estuviese viendo una película. El hombre no podía reaccionar, solo contemplaba fijamente la escena, al chico lo iban a violar y lo más seguro era que terminara muerto después de aquello. Si sobrevivía era posible que fuese contagiado de alguna enfermedad mortal, así que viéndolo de esa manera la primera opción era la mejor.

El asesino vio cuando lo dejaron desnudo y empezaron a jugar con él, tocándolo, golpeándolo, obligándolo a que se pusiera de rodillas para que lo apreciaran mejor y jalándole de los cabellos para que le hiciese sexo oral a uno de ellos, que parecía estar disfrutando mucho esa tortura, mientras el otro iba desabrochándose el pantalón para empezar con su verdadera diversión.

Estaba claro que no lo soltarían hasta quedar completamente satisfechos, por lo que tomaría tiempo hasta que esto sucediese.

El chico cerró los ojos cuando vio aquel miembro amenazante que tenía ante él. Cuando el otro hombre lo soltó sintió el sabor del semen amargo en su paladar y sintió ganas de vomitar, pero fue obligado a colocarse boca abajo, solo le quedaba esperar, esperar a que no lo matasen, esperar a que todo aquello terminara.

Iba a desmayarse, estaba seguro de ello, su visión se empezó a poner borrosa, pero antes de caer en la oscuridad, escuchó dos disparos a lo lejos.

Y cuando el chico reaccionó, se encontró en una habitación semioscura. La única luz provenía de una ventana que daba a la calle y estaba reforzada con papel periódico y algunas tablas. No recordaba lo sucedido, pero se sentía débil y la cabeza le punzaba terriblemente. Se levantó de la cama pero sus piernas no lograron soportar el peso de su cuerpo y a gachas intentó desplazarse hasta la puerta, al menos encontrar un interruptor de luz. Sabía que tenía que salir de ahí, pero justo cuando encontró el interruptor, su mano se detuvo al recordar cada detalle de lo sucedido.

El nerviosismo se volvió a apoderar de él, sus ojos se llenaron de lágrimas y más al darse cuenta de que solo se encontraba con un polo viejo que cubría su cuerpo. De seguro esos hombres lo habían secuestrado, era un milagro que siquiera vivo, aunque en esos momentos se le pasaron miles de cosas por la cabeza: violación, tráfico de personas, quizás lo habían vendido a alguien. Tal vez solo lo habrían tocado ya que a pesar de sentirse débil no parecía que habían abusado de él. Pero ¿cómo?, después de todas esas cosas asquerosas que le habían obligado a hacer, estaba confundido. Quizás habían cambiado de opinión cuando estaba inconsciente, no lo sabía, pero al escuchar pasos en el corredor, fue a refugiarse en un rincón, abrazándose a sí mismo y sintiendo cómo su corazón estaba a punto de estallar cuando la puerta se abrió.

Solo vio una sombra larga y delgada, el chico permaneció en silencio, aquellos segundos parecían una eternidad, ya que su captor no decía nada, por lo que pensó que su hora final habría llegado. Pero en esos momentos, el hombre encendió la luz y pudo verlo mejor, el chico levantó la mirada tímidamente, sus ojos estaban rojos e hinchados por las lágrimas, pero pudo distinguir esos ojos azules, aquel rostro sereno, y los cabellos negros y sueltos que llevaba.

- Pasarás la noche aquí, pero en la mañana te largas - dijo el hombre secamente, dejando un plato de comida sobre una pequeña mesa, disponiéndose a salir.

- ¿Esto no es un secuestro?

- No lo es.

- ¿Y esos hombres?

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

